



ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES
CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI**

LOS RECUERDOS DE UN DÍA: FRANCISCO ROMERO

BLANCA PARFAIT

El acto de recordar a quienes forjaron el pensamiento filosófico argentino puede ser visto bajo distintos aspectos. Primero, como una rareza en nuestro medio que es, de por sí, avaro en el reconocimiento e ingrato en el recuerdo, en segundo lugar será indudablemente observado con extrañeza por todos aquellos que creen que la filosofía comienza y termina en ellos mismos, y, finalmente, será contemplado por otros con ojos agradecidos ya que revivir y homenajear a los que dedicaron su vida al quehacer filosófico es sentir que un hálito de nueva frescura despierta las fuerzas que estaban adormecidas y señala un camino que no es otro que el de mantener viva la tradición cultural en que nos forjamos.

Lo vi una sola vez, y fue suficiente. Fue mi compañero de mesa algunos días y pude comprobar su franqueza proverbial en las inolvidables Jornadas de Filosofía que se realizaron en Yerba Buena, Tucumán en 1961. Casi desmañado en el vestir, como aquel que está preocupado por otros menesteres, lo recuerdo hoy y, una foto tomada en aquellos días ayuda a mi memoria, a quien le estoy pidiendo un recuerdo de Francisco Romero.

Corría un aire tibio en esos días, como si la primavera se hubiera anticipado y la cordialidad del ambiente junto a los nuevos amigos se conjugara para plasmar una experiencia de vida afortunada para la joven estudiante de entonces que, hoy, renueva

la memoria. Lo íntimo del lugar, que posibilitaba el encuentro diario con los disertantes, era un estímulo adicional para departir sobre los temas filosóficos de siempre, aquellos que nos inquietaban a todos y cuya respuesta urgíamos, inocentemente, con premura juvenil.

El sol encendiéndose en los ventanales era el regalo de la naturaleza que, como radiante marco, coronaba las disertaciones que se sucedieron esos días.

Las pausas para el almuerzo o la cena –donde las discusiones estaban siempre presentes- y la inolvidable excursión a Tafi del Valle, cuya foto obra como acicate de mi recuerdo, fueron parte de las Jornadas que tuvieron como corolario una visita a los cerros. Era al caer de la tarde cuando volvíamos perseguidos de cerca por las densas nubes que descendían hacia el valle, la montaña, resignada, nos devolvía como eco nuestras voces- algunas no muy afinadas, por cierto,- que intentaban cantar temas folklóricos. Fue en ese instante cuando la espesa masa grisácea desdibujando los contornos de las cosas nos envolvió y, escondidos por la bruma, inmersos en su misterio, palpamos la soledad en la que únicamente el canto, como afirmación de nuestra presencia, nos revelaba la cercanía o lejanía de los otros, como invisible lazo de amistad.

Ése era al clima de las Jornadas, de entera confianza y cordialidad, con grandes esperanzas en nuestras propias fuerzas y con fe ciega en el país. Era, lo sé hoy, el que nuestros profesores habían posibilitado para nosotros y que disfrutábamos alegremente. En ese ambiente cultural, en el que estábamos todos juntos, se tejía - no lo sospechaba entonces - el hilo espiritual que nos uniría, como personas y como nación.

Todo se aunaba, lo espléndido del lugar y la amistad sin condiciones de los anfitriones enriquecieron nuestros días. En ellos aparece tenazmente el recuerdo de Francisco Romero- no podía llamarlo don Francisco como otros lo hacían -; para mí fue y será siempre Romero, con su nombre de resonancia vegetal que recuerda, al decir de Ortega, las colinas de España.

Como cercano y, a la vez, lejano lo evoco, pues, a Francisco Romero. Cercano en tanto lo he conocido personalmente y lejano porque el único momento en que lo vi está ya traspasado por el tiempo. Lo recordaré, pues, no sólo a través de mis recuerdos, sino de los juicios que mereció su persona, de las opiniones de los que estuvieron junto a él y de sus propias palabras que la lejanía temporal vuelve, paradójicamente, mas actuales.

La impresión de vida que me produjo Romero puede ser reflejada con un relato de lo que sucedió en aquellas Jornadas de Filosofía. El bucólico marco servía de telón de fondo a la lectura de las ponencias en las que se hablaba de filosofía y los ojos sorprendidos de una alumna, que acudía por primera vez a un debatir filosófico, observaban las distintas figuras que hacían el pensamiento filosófico argentino. Romero se destacaba entre ellas, no sólo por su calidad intelectual, sino por el afán, que lo distinguió siempre, de dar un lugar relevante a la filosofía dentro del panorama cultural del país. Ello consistía en revestir a la filosofía de “normalidad institucional”, lo que significaba que reuniones como a las que asistíamos se pudieran dar frecuentemente, que la vida filosófica universitaria no se interrumpiera por motivos políticos o

cualesquiera otros, que se reconociera su importancia como foro de debates de ideas, respetando siempre las opiniones ajenas y que se intercambiaban novedades con los representantes filosóficos de América toda, mas también que se editaran revistas y libros y se fomentara su difusión. De acuerdo con esas ideas, sabemos, dedicó gran parte de su vida a la tarea de divulgación filosófica y de restablecimiento del lugar de la filosofía en el panorama cultural del país. Visto a la distancia, podemos decir que ese enorme esfuerzo ha sido, para decirlo con benevolencia, parcialmente malogrado, puesto que hemos perdido el lugar que caracterizó a la filosofía como impulsora de cultura en nuestro país y, por ende, como disciplina de debate de ideas. La consecuencia ineludible ha sido el descenso espiritual de nuestra patria.

Pero permítanme que recuerde una vez más lo que sucedió. Luego de una de las sesiones de las Jornadas se le hizo a Romero un reportaje en el que estuve presente y en el que oí, con gran extrañeza de mi parte, que le preguntaban acerca de su vida familiar, y digo con extrañeza puesto que un alumno imagina siempre a su profesor bajo ese solo aspecto, el profesor es solamente profesor, como si fuera una entidad única. Supe pues, asombrada, que vivía en Martínez- y que tenía perros en su casa a los que apreciaba mucho, fue en ese momento que él definió a los perros como un coágulo de amor. Ése fue el título de la nota que apareció al día siguiente en los diarios y que, además de leer con simpatía, me enseñó que en filosofía no se trataba solamente de teorías sino que se podía y debía hablar de la vida misma, más aún, que filosofía y vida eran sinónimas.

Y es la vida misma de Romero la que quiero señalar en sus hechos más relevantes. Su nacimiento fue en Sevilla y su traslado al país, junto a sus padres, a los trece años. Las inseguridades económicas de la familia lo obligan a buscar una carrera que fuera de corta duración y le proporcionara algún alivio a sus menguadas arcas. Elige así la carrera militar y sigue en ella hasta retirarse, con el grado de mayor, para dedicarse a lo que fue su verdadera pasión, la filosofía. Cuenta al respecto, en una de sus cartas, que en 1931, cuando comunica a sus superiores el deseo de retirarse del Ejército, ellos intentan retenerlo de todas maneras, y le ofrecen toda clase de facilidades para que continuara con su actividad docente- pues ya era entonces profesor de la Facultad de Filosofía y Letras -, mas él contesta que no se trataba de dictar unas horas de clase sino de entregarse de lleno a los estudios de su vocación. Actitud que lo pinta de cuerpo entero. La dedicación total de la vida a ella es la exigencia filosófica, cuando ésta es un verdadero llamado. El “dar unas horas de clase” no hace al pensador, parece querernos decir con su actitud, y no nos queda más que asentir. Su reconocimiento al Ejército duró toda su vida pues en él aprendió la noble emulación y el justo precio al esfuerzo y a la capacidad. No conservará, y con razón, el mismo recuerdo de la vida universitaria.

Su formación no era, pues, académica. El mismo se confiesa autodidacto pues, si bien reconoce la influencia de Korn, también nos dice que, cuando lo conoció, en 1923, ya consideraba que estaba formado intelectualmente pues no era un desconocido en la filosofía. Sus solitarios estudios habían comenzado a dar sus frutos y se lo reconocía por sus publicaciones tanto como por la labor de difusión filosófica que realizaba en el Colegio Libre de Estudios Superiores. Mas él afirma que lo tiene a Korn por maestro, “pues el influjo magistral no se mide por las tesis recibidas. Es la presencia viva de una noble personalidad la que importa”. Y es Korn el que, al ponerlo en posesión de la cátedra de Gnoseología y Metafísica, le dice “Al cederle mi cátedra me valgo de las

palabras hidalgas del viejo Cid al entregar la tizona “Tomadla vos, don Diego, que mejora de señor””. Fue, además, profesor en la Universidad de La Plata y en el Instituto Nacional del Profesorado “Joaquín V. González”, en Buenos Aires. En 1934 se casa con Ana Luisa Fuchs –que fue su alumna- y van naciendo sus tres hijos.

En 1946 renuncia a sus cátedras universitarias. Con relación al clima espiritual que se vivía en la época quisiera recordar otro trozo de vida de Romero¹. El mismo se desarrolla en una cárcel- cercana a la ex Penitenciaría que estaba situada en la Avenida Las Heras, en Buenos Aires, y que hoy está convertida en un inmenso parque. En dicha comisaría estaba alojado Romero y, para entretenerse de tan aburrida vida, se había puesto a hablar en voz alta de temas filosóficos, tal como si estuviera dando clases delante de sus alumnos. Los policías lo escuchaban asombrados y en silencio. Parece que la filosofía les interesó, pues uno de ellos le propuso al comisario que se dieran clases en ese lugar, ya que al profesor le gustaba tanto hablar. Se lo comunicaron a Romero y él accedió. Le acercaron, pues, una pequeña mesa y los policías tomaron asiento delante de él. Todo estaba dispuesto para comenzar, el escenario estaba armado y el profesor iba a empezar su charla. Mas, de pronto, una de los policías impide que se dé comienzo a la clase, pues insiste en que faltaba algo. Corriendo, va en busca de una jarra de agua y de un vaso, ya que él había visto que a ningún conferencista le faltaban jamás esos elementos. Los trae, los coloca en la mesa y, ahora sí, ya estaba todo listo y la clase podía empezar.

Quisiera traer ante ustedes unas palabras de Romero en una conferencia que, sobre Masaryk, pronunció en el año 1946, en el mismo año de la anécdota que acabo de referir, en el Instituto Popular de Conferencias. Allí dijo “Existe un viejo, un difícil problema para el hombre, el de concordar el pensamiento con la acción, la teoría y la práctica. La limitación y frecuente unilateralidad del hombre hacen que unos caigan del lado del pensamiento y otros del lado de la acción, y consecuentemente la comprensión es más ardua que el menosprecio, los unos raras veces estiman a los otros y con frecuencia los desprecian. Las tentativas de armonizar estos dos costados o propensiones del hombre han resultado vanas, acaso es de esos problemas que sólo la vida resuelve, engendrando raros ejemplares humanos en los cuales la acción y el pensamiento alcanzan feliz y equilibrada conjunción”². Creo que estas palabras pueden también aplicarse a Romero pues reunió en sí la pluma y la espada, aquella espada que apoyaba delante de sí en el escritorio del aula de la Facultad de Filosofía cuando daba sus clases y todavía no había renunciado al ejército; lo hacía porque sus múltiples ocupaciones le impedían llegar a su casa para cambiarse de vestimenta. Recordar esa escena es también recordar otro país.

Esa unión de teoría y práctica, de rigidez y libertad nos hacen echar una mirada hacia sus obras que, desde *Papeles para una filosofía* hasta su libro mas enjundioso *Teoría del hombre*, están sostenidas por las ideas de libertad y de trascendencia. Los temas acerca de la esencia del hombre y los valores recorren sus obras. La idea de que el mundo de la cultura se relaciona con los valores y que sólo es comprensible en función del bien, del mal, de la belleza o de la santidad, y que esa realidad es trascendencia, son dos de sus principales ideas. Junto a ellas es la adhesión a ese fondo

¹ La anécdota la conocí de labios de mi esposo, Adolfo P. Carpio.

² *La Prensa*, suplemento cultural, 14 –IX-1946.

metafísico, el asentimiento práctico que es la éticidad, la actitud moral. Por ello, para Romero, toda actitud ética tiene, al mismo tiempo, sentido metafísico. El acto moral es el que contribuye a consolidar el significado de la realidad, y es, a la vez, el que da sentido a la vida humana, el único que puede dárselo. Por ello afirma Romero que “el verdadero sentido de la vida sólo puede hallarlo el hombre por la vía del trascender, saliendo de sí para afirmarse como algo superior a ella misma”.³

La actitud espiritual es siempre desinteresada y lo notamos más aún en los actos morales. Piensa que tenemos obligación absoluta hacia las personas en cuanto personas, en cuanto son presencias vivas del espíritu. Por ello la libertad está entendida como anulación de toda parcialidad y el espíritu hace su aparición cuando se aniquilan los egoísmos y las particularidades. El filósofo no puede ser un puro especulador sino que debe unir su pensar a su hacer. Por ende, toda empresa práctica debe tener como norte la perfección de la espiritualidad. Y el hombre debe ser, a la vez, guiado por las inclinaciones, que es tanto como decir por sus intereses, sus afectos, sus necesidades pero también, y principalmente, por sus desintereses, por lo que Romero afirma que toda sociedad debe ser, cada vez mas, sociedad de personas y no de individuos, y que el Estado obtiene su sentido si crea las condiciones necesarias para que ello sea posible.

Así la libertad espiritual es la forma más alta posible del hombre. Una cita textual de Romero nos anticipa el momento histórico actual al afirmar que hay una esencial contraposición entre libertad y planificación, y que frente al problema se toman dos actitudes diferentes: la primera está dada al sostener que “las soluciones totalitarias son brutales y directamente negadoras del ser del hombre; curan la enfermedad matando al paciente”, nos dice. Mas también considera la segunda posibilidad cuando manifiesta como una verdad que “las naciones democráticas ensayan un compromiso entre los dos términos pero, bajo la compulsión de la necesidad, con un oportunismo de vuelo corto y con referencia casi exclusiva a lo económico”, por ello aventuraba que “la discusión del asunto debe emprenderse a la luz de un principio que defina aquello que es regulable y lo que es ajeno y rebelde a cualquier planificación y que lo espiritual pertenece, indudablemente a lo no planificable”.⁴

Sostiene Romero que conocimiento y conducta deben unificarse. Ya que el filósofo no cuenta sino consigo mismo para construir su filosofía, el filósofo se constituye, por ende, en el laboratorio y la garantía de su filosofía. Así, la persona es el certificado que sella su propio pensar.

Y así como hemos recordado a Romero con palabras de su maestro, recordémoslo también con las palabras de su alumno Adolfo P. Carpio quien, en 1967, en el Colegio Libre de Estudios Superiores, decía que “un homenaje es un acto de reconocimiento. Reconocer es honrar y agradecer, es un tributo de gracias y de admiración. Reconocer es volver a hacernos presente lo ausente; reconocer es recordar, volver a poner nuestro corazón en el afecto primero. Un acto de reconocimiento es un acto de presencia y un acto de amor”.

³ Romero, Francisco, *Teoría del hombre*, Buenos Aires, Losada, 1948, p.235.

⁴ Romero, Francisco, *Ideas y figuras*, Buenos Aires, Losada, 1948, p.128.

¿Qué es aquello que mueve el recuerdo y la gratitud sino la permanente presencia de aquellos que, si bien su cuerpo no está junto a nosotros, sí lo está su espíritu, señalando la trascendencia y marcando el camino? Presencia y ausencia no son conceptos contrarios sino que, en algunos casos, se complementan. Porque hay hombres que, ausentes, siguen estando presentes y hay otros en los que su presencia es ausencia.

Francisco Romero es de aquellos que estarán siempre junto a nosotros.